

esta más allá de la razón y Dios más allá del mundo. Y la historia de España es más bien una historia de emociones que de pensamientos. Por eso ha sido una historia grande en acciones, porque lo emotivo, lo lírico, están más cerca de la naturaleza—en donde todo es acción que destruye y construye—que el pensamiento. Las conquistas de España, en el espacio y en el tiempo, son de un sabor medular, intrínseco, y por eso lo que ha traído al pensamiento universal es esa especie de grandeza espiritual capaz de traspasar todos los siglos. Y porque en el fondo de su religiosidad existe el desorden más trágico, es el pueblo menos cercano de la lógica, del método, del sistema. Su ambición, su ortodoxia práctica, fué la de dominar. Y a costa de mil crueldades, de mil guerras, de mil mártires heroicos, forma esa tradición profunda de la que aún no ha logrado salirse. Los reyes de España gobernaron verdaderamente dentro de una tradición única, cierta, dentro de un Imperio en donde todos los hombres creían en Dios y en el Emperador. He aquí la tragedia: el equilibrio, que es la ilusión más humana y más falsa del espíritu, un día se rompió. España quiso entonces evitar el contagio de todo pensamiento libre, del *escepticismo* en sus formas de creencia, de ciencia, de estética, y se encerró en la fortaleza de sus dogmas y de sus glorias que ya se iban terminando. Pero los siglos pasaban. Y las cosas no pasan en vano. Y el inmenso Imperio de España se desintegró con las guerras de independencia de América y la nación brillante del Renacimiento se extinguió lentamente, en una forma actual, para la Europa civilizada. En una palabra, España llegó a esa *deseuropeización* de sus instituciones, que es el más grave síntoma de su decadencia.

Pocos hombres en el siglo XIX comprendieron el peligro de España. Acaso los más austeros de todos, los más grandes de todos, fueron Costa y Ganivet, injustamente olvidados hoy. Pero la verdadera conciencia de España, de la España viva, de la España categórica, es don Miguel de Unamuno. Reune los siglos decisivos de la historia española en una síntesis de heroísmo y alcanza ese grado de plenitud que a todos los hombres hizo sonreír en las paradojas de Nietzsche. No encontramos otro espíritu con quien compararlo: que los dos llegan, por sendas distintas—el uno dentro de un pirronismo doloroso, el otro dentro de una tragedia en donde juega un papel inmenso el *will to believe* de W. James—a esa misticidad del alma en donde la razón se burla de sí misma. Es un sentido del pascalismo, en una forma moderna, porque Pascal

desconoció el encanto maldito de la paradoja y el amor de las frases: la angustia es idéntica. La obra de Unamuno, desde sus novelas hasta su poema de última hora, está palpitante de esa angustia que refleja el estado de su España, de su vitalidad ancestral. El mismo se cree el más español de los hombres y el más vernáculo de los españoles. Y cuando ataca los problemas más opuestos de la tragedia de España, lo hace de manera europea, universal, viendo la línea de la historia en donde todos los pueblos de la tierra se juntan. Así, es el más fuerte de los espíritus españoles, encerrando las excelencias y las flaquezas de la raza, y uno de los espíritus europeos más interesantes de nuestros tiempos. Acaso el último humanista de España; pero doblado de un combativo, de un gran polemista, de un hombre de acción, si la acción es sobre todo una forma—la más pura—del pensamiento. Desde hace muchos años seguimos en los periódicos de España y de América, y en sus libros, a don Miguel de Unamuno, y en todo cuanto hemos leído de su pluma acerada y fuerte, hemos sentido ese calor de la acción, del espíritu transformado en deseos, en negaciones, en afirmaciones de todo cuanto tiende a la perfección, sabiendo que ella es la más íntima de las quimeras del hombre. Tres libros suyos son como el itinerario espiritual de España: *La Vida de Don Quijote y Sancho*, *En Torno al Casticismo* y *El Cristo de Velázquez*. Y uno es el de su propia tragedia ideológica: *Del Sentimiento Trágico*. Vasta curva sentimental en donde el eterno dilema de los dos únicos valores humanos se restuelve en un problema de la raza, del espíritu de un hombre. Y Unamuno se decide por el lado del sentimiento, pero como lo sintiera Pascal, por la voluntad de creer. Es cierto que él no repetirá la palabra del Evangelio: «Creo, ayúdame en mi incredulidad». Porque el lado de la razón tiene su importancia, como el lado de la fe. La fe se puede crear, en las manifestaciones de Unamuno, tanto como la ciencia. Lo admirable es que la fe es un don de ignorancia y por ello cabe en todas las manifestaciones espirituales de no importa qué hombre. Más que un ser racional, Unamuno pide ser un ser sentimental. Sólo otro espíritu español sintió el problema de su patria en la forma en que lo hace Unamuno: Ganivet. Pero el sentimiento sociológico privó en su obra. Y España se inclina más bien hacia «los hombres sentimentales».

He aquí el pecado de Unamuno: ser el único hombre español y tener en su sangre el sentimiento de la raza como ninguno otro de sus contemporáneos. Dijo en carta publicada en *La Nación*

de Buenos Aires lo que todos piensan del Directorio del General Primo de Rivera, mientras los otros callan. Hoy está en las Islas Canarias, en el exilio. Y como en la época del Imperio de Napoleón III los ojos se filtraban en las brumas del mar para contemplar al solitario de Guernesey, hoy pensamos en el ilustre español viendo hacia el oriente de esos promontorios lejanos, más allá de los cuales está nuestra América. Lo más alto de París ha protestado contra la deportación del maestro de Salamanca: hemos visto, junto a la gravedad filosófica de León Brunschvicg, la ligereza de un hombre de letras, Pierre Hamp; junto al esteta Víctor Bach al sabio y grave Painlevé. Dos de los más grandes poetas del mundo, la condesa Ana de Noailles y Gabrielle d'Annunzio, se asocian para decir su indignación contra el golpe dado al pensamiento humano. Romain Rolland, desde su retiro de Suiza, se levanta para llamar a Unamuno, «el último caballero de la tierra caballeresca». España calla, mientras tanto.

Que venga de nuestra América el entusiasmo de una protesta firme y valiente; allá cuenta don Miguel de Unamuno con admirables amigos a quienes ha dado el sustento de una latinidad que ignorábamos en lo más íntimo del espíritu español. Porque ha sido el defensor de nuestras tradiciones, de nuestra naciente cultura—que es continuación de otras fuerzas espirituales—; porque ha sido la inteligencia que uniera a España, que nos desconoce y que nos olvida, el sentido de esa nueva sensibilidad que estremece a los Andes. Junto a él sólo un conjunto de espíritus selectos sienten la necesidad de América. Por nuestro don Miguel de Unamuno americano, por nuestro don Miguel de Unamuno esencialmente latino, por nuestro don Miguel de Unamuno que es el genio de la raza que transformamos: por la esencia del unamunismo profundamente español, debemos protestar ante la conciencia de nuestra intelectualidad, de nuestra juventud, de nuestras universidades, de nuestro pensamiento. Se ha atacado el pensamiento libre: protestemos contra la fuerza bruta de un gobierno que compromete la dignidad de la raza desterrando al más alto espíritu de la España actual, de la América latina actual.

Soy de Ud., señor Director, agradeciendo a Ud. la publicación de esta protesta, su servidor y amigo,

LEÓN PACHECO

